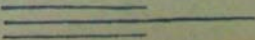


ARTE E IDEAS *



LA
CRUZ
DEL
SUR

* Montevideo 

PIANOS

BÖSENDORFER

VIENA



AGENTES EXCLUSIVOS:

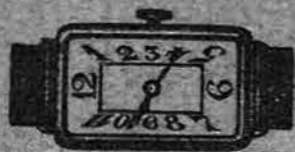
GIOSCIA H^{NOS}.

SAN JOSÉ, 836.

MONTEVIDEO.

RELOJERIA, JOYERIA Y TALLERES

D' AIUTOLO H^{NOS}.



ENGARZADOS DE BRILLANTES Y TRABAJOS HECHOS
A LA VISTA

FABRICA DE ALHAJAS
Y COMPOSTURAS DE
: : RELOJES : :
GRANDES REBAJAS
* DE PRECIOS *

CALLE RIO BRANCO, 1367
ENTRE AV. 18 DE JULIO Y COLONIA

TOMAR EL ACEITE DE
HIGADO DE BACALAO
ES UN PLACER
GRACIAS A LA

MORUBILINE

Producto premiado en las Exposiciones
Internacionales de Medicina y Cirugía
de París, Londres, Roma y San
Francisco (Hors Concours).
Elaborado únicamente
en París.

Es por todos conceptos superior al
aceite de hígado de bacalao.

- 1.º Gusto agradable, digestión fácil, siempre igual.
- 2.º Buen olor, máxima acción con un mínimo de volumen.
- 3.º Todas las cualidades del aceite de bacalao, sin ninguno de sus inconvenientes.
- 4.º El estómago lo asimila perfectamente.



GOTAS CONCENTRADAS Y GRADUADAS

ALVAREZ & MOLINARI

JUAN CARLOS GÓMEZ, 1439

SASTRERIA

LOS MEJORES TRAJES Y
SOBRETODOS DE MEDIDA

LA CRUZ DEL SUR

• REVISTA QUINCENAL DE ARTE E IDEAS •

NUESTRO PROGRAMA ES NUESTRA OBRA

F
O
M
E
N
T
O

A
R
T
I
S
T
I
C
O

Desde hace más de un año se encuentra en la Asamblea Representativa Departamental de Montevideo, un vasto proyecto de «Fomento Artístico» de que es autor el Sr. Blas S. Genovese. Aunque dicho proyecto haya sido bien informado y las distintas agrupaciones allí representadas se hayan declarado favorables a él, lo cierto es que está detenido desde hace tiempo y que lo más probable es que quede ahí, sin marchar más adelante. De nuestra parte, confesamos que no estamos de acuerdo con algunos detalles del proyecto, pero no queremos caer en la torpeza, — muy común, — de sacrificar el todo por los detalles, e incitamos a los diputados partidarios de la iniciativa a que concurren a las sesiones para ver si el proyecto logra al fin, convertirse en realidad. En ningún país del mundo se aprecia y se premia menos que en el nuestro la labor artística. Aquí no existe el estímulo de un público culto lo suficientemente numeroso como para asegurar la vida a un escritor por la venta de sus obras, a un pintor por la colocación de sus cuadros. La prensa, prefiere el recorte de diarios y revistas extranjeras que resulta siempre más barato, aprovechándose de la falta de una ley de propiedad literaria que ampare como es debido los derechos de los escritores. Si algunos literatos figuran en nuestros grandes diarios es haciendo obra periodística fija y no a su gusto y espontaneidad. Es verdad, también, que el diario no es apropiado para la publicación de la obra literaria — novela, cuento, ensayo, versos, — ya que son el libro y la revista sus órganos naturales de difusión. Pero ni libros ni revistas se venden en cantidad suficiente como para que se puedan pagar las colaboraciones lo que ellas valen. De pintura y escultura no hablamos: nuestros artistas hacen exposiciones realmente brillantes en las que no se compra un solo cuadro. Y no por otra cosa que por falta de educación estética, de comprensión, de entusiasmo por el Arte. El analfabetismo de nuestro público en ese sentido es absoluto y nadie hace nada por disminuirlo.

El proyecto del Sr. Genovese sobre «Fomento Artístico» instituyendo numerosos premios anuales a toda clase de realizaciones artísticas y hasta científicas, viene en gran parte a remediar ese mal. Lo que menos atención nos llama en él son los premios en metálico, aunque el del dinero es uno de los principales motores en toda clase de empresas humanas. En cambio, la adjudicación de los premios, las publicaciones en la prensa del nombre de los premiados, toda esa publicidad que necesariamente tendrá que hacerse del asunto llamaría la atención del público todavía reducido en sus necesidades a lo fundamental: «panem et circenses». Somos de los que creemos que la cultura de nuestro pueblo ha quedado estacionaria y que hay que hacer un grande y continuado esfuerzo para educarlo, para capacitarlo. Ya que la iniciativa particular no existe — porque la explotación de la mercancía artística no produce ganancias, — es necesario que al Estado corresponda la iniciativa. Tiene que aprobarse el proyecto de Fomento Artístico del Sr. Genovese, porque será provechoso para esos oscuros y pacientes productores de belleza que hasta ahora han debido conformarse con la miseria y con la indiferencia general. Debe volverse a organizar la «Orquesta Nacional», crearse el «Teatro Municipal», y darse una enérgica batida en el edificio del Ateneo para barrer de allí hasta la última de las momias que lo han convertido en un sepulcro, llenándolo de frío y viscoso silencio y de inquantables miasmas.

F
O
M
E
N
T
O

A
R
T
I
S
T
I
C
O

HABLANDO CON MAURICIO CRAVOTTO

Encontramos a Mauricio Cravotto en su estudio. No obstante, nos atendió con simpatía y largueza, porque, según dice él, a pesar de sus ocupaciones (tiene a su cargo varias cátedras y además la dirección de la Biblioteca en la Facultad de Arquitectura), siempre le sobra el tiempo. — No hablamos del triunfo que obtuvo recientemente con su anteproyecto para el Palacio Municipal, hermoso y alto exponente de su personalidad artística, sino que nos referimos a cuestiones más generales, y de esta conversación es que sacamos las cosas interesantes que van enseguida:

—¿Cree suficiente la cultura artística general que se da a nuestros estudiantes?

—La armonía de volúmenes en el espacio, las relaciones de magnitudes interiores tridimensionales, de claridad de las circulaciones y de los elementos de conexión de esos volúmenes, tienen un ritmo que vibra en el espacio como las armonías musicales tienen su ritmo en el tiempo. Arquitectura, problema plástico, necesita expresión, y esta expresión tiene su lenguaje, amplio, complejo, sutil. Para hacerlo fino, puro, severo, es preciso amplificarlo, con palabras de otros lenguajes artísticos; visitar las otras artes en traje de arquitecto, y con todas las emociones que surjan de esas visitas entrar de nuevo en el propio museo espiritual. — Así la cultura artística que se da a nuestros estudiantes, unilateral, no permite vivir las armonías de la arquitectura con la amplitud que fuera de desearse y es así que quedan ocultas tanto tiempo las emociones que derivan del concepto de la universalización de las artes.

—¿No sería oportuno encauzar la edificación en Montevideo, de acuerdo con un nuevo plan general de urbanización?

—Toda obra de arte y de ciencia que responda a un plan medurado y creado con sentido de lo bello, tiene una armonía. La urbanización, arte-ciencia que permite preestablecer la armonía de una ciudad para que sea agradable y útil al pueblo, es por excelencia arte-ciencia arquitectónica. Prever con amplitud, conservar el carácter, permitir a los técnicos resolver sus problemas fundamentales de higiene y economía y luego trazar directivas con profunda visión del porvenir, es en el fondo crear un orden y una base de estética, dentro de los cuales la infinita variedad de la edificación puede convivir, dando matices pintorescos al conjunto.

Un plan general de urbanización, concebido con amplio criterio y con el convencimiento de la futura grandeza nacional, es obra de verdadera urgencia. Encauzar la edificación privada y pública en el camino de las ordenaciones generales, cuidando los efectos de paisaje y lo pintoresco, es dotar a la ciudad nuestra del complemento que reclama su topografía y su clima: la gracia.

—¿Cree usted posible darles un carácter a nuestras ciudades del interior?

—Nuestras ciudades del interior serán en un futuro, populosas, y tendrán que resolver problemas semejantes al actual, de Montevideo, si no se es-

tablece con tiempo un plan previsor que permita ordenarlas dentro de los principios modernos de urbanización, y sobre todo, dentro de las ideas de ciudad-jardín. Desde luego, el carácter es el reflejo de la vida misma de las ciudades, y muchas veces lo pintoresco está ligado a lo imprevisto. Pero es lógico que la imprevisión no sea la fuerza dominante, pues fácil es llegar al desconcierto. Y en esta época de comunicaciones rápidas, el carácter es, en los países modernos pequeños, algo que vive más cerca de lo dinámico que de lo estático.

Quedan, desde luego, como «aspectos» particulares de cada ciudad, los elementos derivados de su emplazamiento, su orientación, materiales locales, y edificación del pasado.

Es posible, pues, a mi juicio, conservarles el «aspecto» tradicional en parte y darles un carácter de ciudad-jardín.

—¿Qué opina sobre la arquitectura del coloniaje y de su actual boga?

—Muy pocos de los pobladores de nuestra tierra de origen hispánico fueron artistas o arquitectos. Tal vez eran artesanos, algunos, de buen gusto. Las adaptaciones y traducciones que ellos hicieron del arte español, fueron posiblemente improvisaciones, corregidas luego; pero indudablemente carentes de un concepto de proporción e higiene.

Por qué, entonces, ese afán de repetir malas traducciones en vez de buscar en los innumerables ejemplos de belleza de España antigua y moderna el sentido y el carácter de la Arquitectura poniendo en evidencia el valor de la vida moderna y conservando como homenaje al romanticismo algo de la gracia de la arquitectura hispana como se recuerda la impresión de los jardines perfumados de Andalucía sin saber precisamente de qué flores provenía. Y entonces contemplaremos con gusto las agrupaciones pintorescas, pero no estaremos violentos ante la mueca de un joven que quiere aparentar vejez aparatosa, y no nos rebelaremos ante esas enormes estufas ricas, primorosas, que enfrían a pesar de los radiadores modernos, o ante esas ventanas pequeñas armadas con rejas que insultan al sol o esos arcones inmensos que contienen púas de gramófono.

—¿Podría dar algunas de sus ideas generales sobre arquitectura monumental?

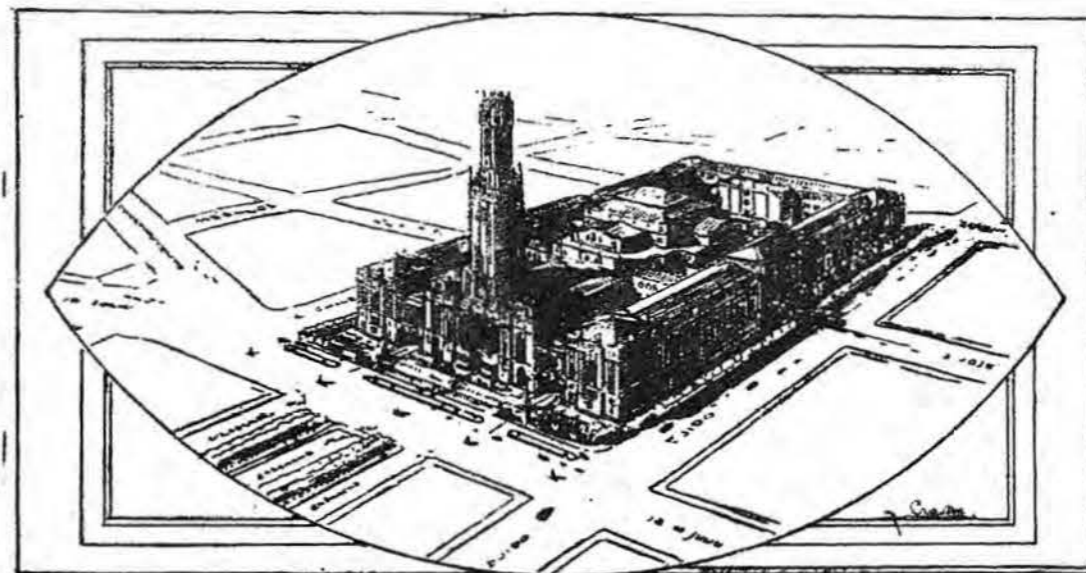
—La arquitectura monumental está vinculada al problema de la urbanización. El primer factor de existir en lo monumental es la grandiosidad del emplazamiento de los edificios, sin implicar tamaño, sino armonía. Los edificios públicos y los de utilidad pública de una ciudad, pueden ser los templos de la nueva religión de la democracia.

Centros de reunión, destino de ideas, motivos de atracción, símbolos de paz o de trabajo.

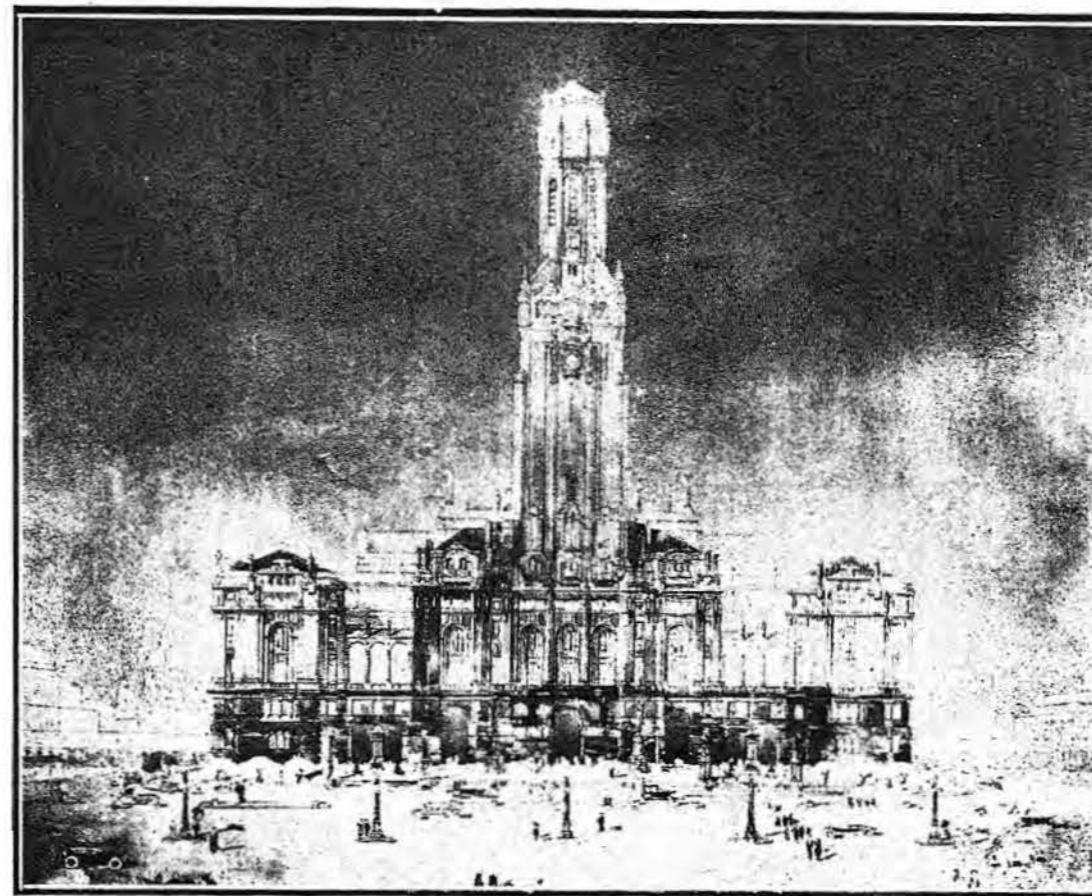
Y serán monumentales si a ellos se llega serenamente y si en la contemplación, al sintetizar, al quitar todo lo que en ellos hay de ripio, queda una agrupación de formas, de espacios, de silencios, que llegue a emocionar.

¿Qué se requiere para ello?... Un artista que conciba, y tiempo...!

EL PROYECTO PREMIADO DE CRAVOTTO



EL PALACIO MUNICIPAL, A VISTA DE PÁJARO



EL PALACIO MUNICIPAL, VISTO DE FRENTE

V I N O S I L V E S T R E

Me gustaría un vino que fuera preparado
con el jugo oloroso del mburucuvá
dejado fermentar en miel de lechiguana.
Todo, recién vertido en un vaso de barro
cocido, y en seguida, un limpio chorro de agua:
no mucho, un chorro de agua que pudiera
caber dentro del hueco de mi mano.
¡Un vino de este modo preparado,
que fuera como un sorbo de savia americana...

Y luego, en el momento de tomarlo:
oír cantar un pájaro!

F L E C H A S

Esta flecha aborígen a mí me gusta tanto
porque es término y flor de muchas cosas bellas;
está hecha con un poco de árbol,
con un poco de pájaro
con un poco de piedra.

Es mucho más hermosa que la de Cupido;
ella no está pintada, es pura realidad;
(que se quede en los cuadros o en el cielo el dios niño,
con su arco de juguete y con su carcaj).

Esta flecha aborígen, con su pico de piedra
y su cola de pluma, a mí me dice más.

FERNÁN SILVA VALDÉS

Del libro inédito
«Poemas Nativos»

P O E M A S M O D E R N O S

PAISAJE

Sobre el fondo de seda amarilla las cuatro líneas geométricas
de la casa, con su puerta, su ventanita y su penacho bumoso de
pose fotográfica.

Duros, duros, verdes, verdes, cinco árboles.

Colgando de un hilo invisible, un pájaro vuela.

Un prado de heno fresco reluce mórbido y mira curioso al ca-
minillo blanco, arroyo de savia por el cual se desangra el paisaje.

Una pastorcita, vestida de azul, se inmoviliza como un fanteche
con las piernas de palo.

Y entre la hierba humilde estallan amapolas sangrientas y enor-
mes margaritas de oro, con su ojo solo guiñando promesas, y con
su robustez saludable de sirvienta campesina recién llegada.

Amapolas y margaritas primitivas robadas a una mancha sinté-
tica y cerebral de Rafael Barradas.

No hay firma.

La artista anónima se ríe de la gloria y lo mismo remata con
amor el paisaje que con inédito encanto ingenuo luce el delantal de
mi hija.

Mundo flamante y mágico donde se posarán los ojos vírgenes,
donde resbalará su primer sonrisa y alguna lágrima destañará los
hilos de colores, como en la vida se nos van destañando los sueños!...

MONTIEL BALLESTEROS

JUANA DE IBARBOUROU



Linoleum de F. Lanau

gaba a su memoria como a un corcel cansado. Todo en la vida de Antonia le parecía mentira. Hasta su misma muerte, anormal, misteriosa, le produjo una sensación nueva, turbadora. La idea de que la casualidad había provocado su caída, desapareció por primera vez en su juicio. Una alegría repentina le saltó al cuello.

Se puso el sombrero y salió. Eran las siete. Una mañana serenísima de mayo, de albor rosáceo, riente, sonora, empenachada.

Sandes tomó el tranvía: un 52. Pagó el boleto sin ver, sin hablar y permaneció en la plataforma, apoyándose contra el ángulo de los barrotes, mirando obstinadamente hacia el pavimento. Y tras el espacio que el coche iba mostrando, las vías, bruñidas, despidiendo destellos blancos, corrían, en un movimiento huyente, cñiendo el paralelo, ansiosas, aterrorizadas por el punto de la lejanía.

Bajó en la calle Gaboto y siguió a pié hasta Cerro Largo. Por allí vivía Francisco Labadie. La mujer de servicio se sorprendió. Fué a anunciarlo. Luego le hizo pasar al dormitorio de Francisco.

—¡Tú aquí! ¿Qué te pasa? ¿Vienes de parranda?... A ver: abre postigo.

Julio abrió el postigo, tiró el sombrero sobre un diván y se mantuvo mirando a su compañero sin poder hablar.

—¡Eh!... parece que estás enfermo. No has dormido, seguramente. — Labadie, inquieto, se sentó en la cama. — ¿Qué ocurre?...

Sandes se sentó a su lado y se puso a sollozar. Era un lloro sarmentoso, estrangulado como un grito sordo. Refirió el incidente revelador y de intimidad en intimidad fué relatando episodios breves hasta entonces absurdos, extravagantes, pero que, de pronto, luego de la confesión inesperada de la vieja, descubrieron su sentido lógico, como ante la luz se limitan a su forma real, los objetos fantaseados por la sombra. Su amigo le escuchaba, asistiendo fácilmente, sin sorprenderse, dando la impresión de que no oía nada nuevo. Tan elocuente era su actitud que Julio le preguntó:

—Pero ¿tú sabías?... — Labadie inclinó la cabeza en una afirmación breve. — ¡Tú sabías y nunca me dijiste una palabra, — gritó furioso, — tú sabías!...

—Cuando lo supe ya era tarde. Por otra parte, ella fué buena contigo.

—¡Buena!... — exclamó con los puños cerrados; — buena una... — y soltó un insulto.

—Ten piedad de ella, Julio. Piensa que está muerta.

—No, no... Esté donde esté. Muerta o viva, es lo que es. Además, ¡cómo la defiendes! Posiblemente, tú también fuiste su amante, ¿eh?...

—Estás loco, Julio, estás loco... — Medió un silencio. Sandes se había alejado hacia la ventana. Se hallaba de pié, los brazos cruzados sobre el pecho que se debatía jadeante, la mirada inquie-

ta, jugando sus párpados en un aleteo nervioso. Un elemento más amargo, una espina más punzante acababa de herirle. Repetía, siguiendo el eco de su pensamiento que persistía como persiste en la lejanía el movimiento convulso del trueno:

—¡Tú sabías, tú sabías!... — Labadie no se había movido. Sentado sobre el lecho, algo intimidado, la mirada clavada en Sandes, también repetía, pausado, rítmico como un latido:

—¡Estás loco, estás loco!... — Súbitamente, Sandes se volvió hacia él, avanzando paso a paso. Tenía en el rostro una expresión cruzada, terrible. A la angustia una burla repugnante. Sobre la llaga abierta el moscardón azul.

—Oye, —decía, — oye. Antonia no murió, así, como cree la gente. No fué la casualidad. Yo la maté...

—¡Eh!...

—No fué la casualidad. Fui yo, fui yo... — Iba a relatar aquel acontecimiento que él mismo no podía comprender: su deseo vehemente de que Antonia muriera, la influencia decisiva de su pensamiento, la caída alucinante hacia el abismo, su propio asombro. Pero se detuvo un instante. Advino que su amigo no le creería, que le juzgaría bajo una racha de locura, empeñado en demostrar lo imposible. La verdad le pareció débil, imprecisa, falsa. Entonces modificó el episodio. Sobre la trama real, tejió su trama, más simple, más asequible.

—Yo la maté, yo... — Se había vuelto a sentar junto a su amigo y le hablaba de cerca, cara a cara, sofocado, desgarrada la voz que, a veces, silbaba en su garganta.—Aquella tarde, cuando vi a Antonia sentada sobre el pretil de la azotea, comprendí lo que tenía que hacer. Subí las escaleras saltando sobre los escalones para tratar de llegar antes de que ella intentara bajar. La detuve. Antonia, inquieta, cerraba la puerta de la garita cuando me vió. No le di tiempo. Quiso gritar; pero le metí el puño en la boca. Tuve que hacer mucho para desprenderme de ella. Como no podía maniobrar más que con una mano, con los dientes le rompí los dedos. Después, asegurándome con un pié contra el muro, aproveché un segundo y la arrojé por el vacío. Ella dió un grito. Bajé y cuando estuve a su lado comencé a llamar:

—¡Se cayó, se cayó! — Vinieron los vecinos y creyeron todo. ¡Ja, ja!... la gente es idiota. No fué la casualidad. Yo la maté, yo... La casualidad es una invención mía!...

Labadie estaba lívido. Echado hacia atrás, enarcadas las cejas, repetía con lentitud, desfalleciente, profundamente trastornado:

—¡Tú estás loco, estás loco, estás loco!...

José PEDRO BELLAN.

P A S T O R A L

Aún el sol poniente
fué a enhebrar lentejuelas frágiles
en la arena del río.

Unos hombres
intentaban hacer vadear
un tropel asustado de corderas,
por el torrente.

Dispersóse el rebaño,
y sólo alguna débil forma
temblorosa,
se deslizó en el cauce.

Más felices, allí cerca,
las lavanderas, cantando,
llenaban las aguas
con encrespadas pompas de jabón
que — esas sí — eran dóciles ovejas
diminutas...

Cuando volvíamos,
al anochecer,
las altas mujeres iniciaron el regreso.

Dispusieron
los atados de ropa blanca,
— ¡redondos recortes de albas nubes lejanas!
en un pesado carro
y ellas se fueron en otro.
Eran diez o doce,
jóvenes, con morenos brazos
y desnudas piernas...

Después,
en los caseríos, las vimos
del carro descender.
Calladas y graves se fueron...

Ardían los faroles provinciales.

Hora de las armonías
astrales y terrestres, aquella!
Cuánta correspondencia entre las cosas
más distantes!

Fué entonces que detuvo también
ante la noche,
su gran carroza magnífica,
el sol, en el camino del Zodíaco.

Todo el que quiso pudo contemplar
como bajaban de ella,
y se echaron a andar por el cielo,
con el sacro silencio de costumbre
las Doce Constelaciones.

E L B U E Y

Husmea en el aire
un sano olor a hierba.
Lleva la cruz del yugo
y es de madera como la de Cristo.

Como una maldición
en su martirio arrastra
la falta de su sexo,
mientras soporta el áspero
regocijo chillón de la carreta.

Y en las largas jornadas
se alimenta
con bocados de sol,
de viento y tierra.

Y apesar de su sed
pacientemente
lame el paisaje
con sus ojos muertos.

COMO CONOCI A DELMIRA AGUSTINI



Nuestra amistad con aquella extraordinaria mujer que fué Delmira Agustini, se inició a raíz de un artículo publicado en «El Día», artículo o poema de exaltado tono, en el cual expresaba mi fervorosa admiración por su poesía. No recuerdo la fecha, pero era poco tiempo después de haber aparecido «Los Cálizos Vacíos», libro en el que seleccionara toda su producción hasta entonces; y poco tiempo antes de ser alevosamente sacrificada en el altar de Eros iracundo.

Recibí de la poetisa una preciosa esquela, agradeciendo el artículo, y manifestando el deseo de conocerme personalmente: «Siempre sentí que los dos habíamos caído de la misma estrella», decía en su fragante misiva, quejándose de la soledad del ambiente montevidiano, en el cual vivía casi aislada.

Hasta entonces yo sólo la conocía de vista. Nos encontrábamos con frecuencia, y aun cuando no nos saludábamos, nuestras miradas, al cruzarse largamente, decían la afinidad de los espíritus. Ella iba casi siempre acompañada de sus padres, en lento paseo por la calle 18 de Julio, en las primeras horas de la noche. Solían sentarse en un banco de la Plaza Cagancha, bajo los grandes plátanos, y parecían los tres uno de esos matrimonios de modestos burgueses con una hija única, de vida apacible y vulgar, que salen a hacer su paseo habitual después de la cena.

Por otra parte, en lo exterior nada denotaba la presencia de la extraordinaria mujer que allí había, como no fueran los ojos, sus grandes ojos marinos sombreados de intensas ojeras. En la calle su figura no era esbelta, y no vestía con elegancia.

Fuí a su casa por primera vez, una tarde, hacia el oscurecer. Ella vivía en la casa paterna, pues se hallaba a la sazón separada del marido, y en trámites de divorcio. Me recibió en la sala familiar. Nos estrechamos las manos y nos miramos sin decirnos nada. Las almas casi no necesitan de las palabras para entenderse. Ella fué a sentarse en el sofá que estaba bajo el espejo, y me brindó una poltrona, a su lado. Vestía un traje de seda celeste, casi de fiesta, pues dejaba al descubierto sus brazos y su escote, ajustándose al cuerpo opulento. Su enorme cabellera leonada la cubría como un casco de oro antiguo; sus pequeñas manos escintilaban de anillos; entornaba sus ojos como para mirar más adentro, y era su mirada como en sus versos: «una serpiente apuntada entre zarzas de pestañas». Me pareció mucho más hermosa de lo que siempre nos pareciera en la calle.

Hablamos... de lo que podíamos y debíamos

hablar en tal ocasión: de literatura, de sus versos, del ambiente; pero, como ocurre a menudo, el pensamiento corría por debajo de las palabras. Se apresuró a expresarme su admiración por mis versos de «Domus Aurea», diciendo algunos de memoria, lo que probaba la sinceridad de su elogio. Yo me disculpé: —Literariamente, tienen muy graves defectos. Sólo valen por el espíritu que los inspira.

—También los míos—dijo ella—. Yo sé que si algo valen es por el espíritu.

Delmira tenía la voz cálida y hablaba con sencillez familiar, sin énfasis, sin literatura. Fué entonces que nos dijo:

—Cuando escribo mis versos necesito encerrarme y estar absolutamente sola; no podría sufrir ni la sospecha de una persona en la pieza inmediata.

Poco después entran sus padres a la sala. Son tal como les había visto en la calle, uno a cada lado de Delmira, dos buenos burgueses, que viven adorando a la hija extraordinaria que les ha dado el destino, en un íntimo culto asombrado de su talento, sin comprender bien el misterio de aquella alma vibrante, que, no obstante el cariño que les tiene, sienten extraña e inasible.

El padre se muestra muy complacido y orgulloso por los elogios que prestigiosas personalidades han prodigado a la hija, y especialmente por las recientes frases consagratorias que Rubén Darío le dedicó a su paso por Montevideo. La madre manifiesta su inquietud por la salud de la hija. Habla de sus crisis de sensibilidad que teme le produzcan daño profundo.

—Los versos — dice la piadosa señora — son su mayor placer, pero también son su tormento. A veces su tensión nerviosa es tanta, que temo se enferme. Yo casi preferiría que no los hiciera... aunque comprendo que es para ella una necesidad...

Sin palabras, con una mirada, la poetisa nos dice de la contradicción dolorosa de su vida profunda, sacudida por tormentas interiores y sueños heroicos, en el ambiente apacible del hogar paterno, junto a su buena madre, como una leona aprisionada en las ternuras de la jaula doméstica.

En presencia de los padres, Delmira mantiene una actitud filial, un gesto suavemente velado. Cuando ellos se retiran, vuelvo a encontrar su mirada, «como una culebra apuntada entre zarzas de pestañas...»

Así comenzó nuestra amistad con esa grande alma, sombría y luminosa, como los Astros del Abismo.

Alberto ZUM FELDE.

M I P L I N T O

(POESÍA INÉDITA DE LA GRAN POETISA)

Es creciente: diríase

Que tiene una infinita raíz ultraterrena...

Lábralo muchas manos

Retorcidas y negras

Con muchas piedras vivas...

Muchas oscuras piedras

Crecientes como larvas.

Como al impulso de una omnipotente araña,

Las piedras crecen, crecen:

Las manos labran, labran.

—Labrad, labrad, ¡oh manos!

Creced, creced, ¡oh piedras!

Ya me embriaga un glorioso

Aliento de palmeras.—

Ocultas entre el pliegue más negro de la noche,

Debajo del rosal más florido del alba,

Tras el bucle más rubio de la tarde,

Las tenebrosas larvas

De piedra, crecen, crecen,

Las manos labran, labran,

Como capullos negros

De infernales arañas.

—Labrad, labrad, ¡oh manos!

Creced, creced, ¡oh piedras!

Ya me abrazan los brazos

De viento de la sierra.—

Van entrando los soles en la alcoba nocturna.

Van abriendo las lunas los carmines de nácar...

Tenaces como ébrias

De un veneno de araña,

Las piedras crecen, crecen,

Las manos labran, labran.

—Labrad, labrad oh manos!

Creced, creced ¡oh piedras!

Ya siento una celeste

Serenidad de estrella!

DELMIRA AGUSTINI

CHAPLIN, LA CHAPLINADA Y EL ABURRIMIENTO TRÁGICO DEL MUNDO

Desde luego hay que hacer un homenaje a Carlitos Chaplin, y esto no es una cosa que decimos ligeramente, al hilo de una trivial conversación de café, sino que estamos profundamente convencidos de lo necesaria, de lo indispensable y sobre todo de lo justa que sería. Se trataría nada menos que del homenaje a la risa con la seriedad que la risa merece, es decir, con una seriedad casi ritual porque la risa debe ser tan motivo de rito como la duda, como el terror, como el amor o la muerte. Es curiosa la poca importancia que la historia le ha dado a la risa. Todo el mundo ha reído y sin embargo qué escasez de artistas de la risa, de mágicos de la risa se nota. Aristófanes, Rabelais, Molière, el buen Cervantes— que enturbió la risa con la melancolía de su vida; el «Divino» Pedro Aretino, que enfrascó la risa en lo que en España podríamos llamar el «ambiente cachondo»; Bocaccio, que se fué al campo para reír — con toda seriedad — mientras la peste asolaba los pueblos... Muy pocos. Últimamente, algunos hombres se han puesto a reír, pero con una risa que tiene uñas, una risa que le araña a uno en el alma: son los humoristas. ¡Dios los perdone!

Con un instrumento de expresión más universal que la palabra, más universal y comprensible que la música o que las artes plásticas, más rico, más vario, de más rápida acción: con el gesto, Carlitos Chaplin ha llegado a ser el mago sacerdote de la risa, el gran estallador de la explosión de la risa en los viejos, en los maduros y en los niños. Se le puede llamar el «clown total». ¡Y qué en serio ha tomado a la risa! El la ha estudiado con la atención del experimentador más desconfiado de sí mismo, ha buceado en sus entrañas, ha tanteado sus matices, descompuesto sus tonos, como hacen los pintores rompiendo el paisaje con los ojos entornados para sorprender las misturaciones íntimas del color. ¡Con qué paciencia le ha ido arrebatando a la risa los secretos de su vertiente original! ¡Cómo la ha clasificado y metodizado a la terrible risa rebelde y la tiene sometida a su antojo!

Hay que hacer un homenaje, serio, a este gran poeta de la risa. Un homenaje de hombres serios — que no lo tomen por una broma de gente alegre, porque eso sería el más terrible de los fracasos. A Carlitos Chaplin no lo comprende la gente alegre, ni les gusta a esas criaturas, sin alegría, que viven lo que se llama absurdamente la vida alegre. En cambio, a medida que uno se va volviendo serio y triste, le va gustando más Carlitos. No hay nada más serio, ni más triste que un niño (ese pobre niño que todos lanzamos a la vida como se lanzaría un pobrecito chingolo a la furia del mar), y ¡cómo le gusta Carlitos a los niños! — Es preciso repetir muchas veces, remachar incansablemente, subrayarlo ahora, y luego, y más tarde, gritarle en toda ocasión, con el gesto más solemne del mundo, que el homenaje a Carlitos debe ser hecho con profunda, con religiosa seriedad. Casi debía exigirse un traje especial a los asistentes, un traje serio, que no se usase nada más que para el homenaje a Carlitos y que se guardare luego como una reliquia, como se guarda el primer uniforme que uno se pone, el

primer retrato de la primera comunión, el primer artículo o la primer poesía que le publicaron a uno en esos periodiquitos inverosímiles en que se publican las primeras cosas de todos los escritores.

Es claro que en ese homenaje a Carlitos (que podría consistir por ej. en un gran banquete), estaría permitida la chaplinada (ese género artístico suigéneris que Carlitos ha inventado, y llevado a un maravilloso esplendor), y no se ofendería nadie por la chaplinada que le hiciera el vecino, siempre que estuviera bien hecha; las imitaciones malas debe rechazarla todo espíritu selecto. Pero si uno se sienta a la mesa del banquete a Carlitos y el mozo que le sirve le pone distraídamente el pescado en la copa del vino y le derrama el vino en el plato, debe comerse el vino mojando en él sopitas de pan y beberse el pescado en la copa, y si reclama, no es un perfecto chaplinista y sería mejor que se hubiese quedado en casa. Otro, que tenga largas barbas, tolerará que el compañero de al lado se limpie en ellas los dedos llenos de salsa, y, si no está dispuesto a tolerarlo, que no asista, o que se afeite la barba que para nada sirve. También se le deben permitir sus chaplinadas al dueño del hotel: el cochinito asado, el pollo al spiedo, pueden levantarse y salir corriendo a irlos a trincar; los panecillos pueden estallar como petardos al morderlos; diecisiete gatos y un león pueden entrar en el salón de banquetes a lamer los platos y comerse algún que otro asistente (el cual se comprometerá de antemano a dejarse devorar sin protestas); los mozos se olvidarán a veces de que son mozos y se sentarán a comer, o se irán todos a una habitación contigua a bailar con doscientas camareritas bellísimas que se dedican a planchar servilletas y a traer clientela a la casa.

¡Ah! También los asistentes le harán sus chaplinadas al dueño del hotel, empezando por no pagarle y acabando por casarse con sus hijas. (El dueño del hotel en que se debe dar el banquete a Chaplin, tendrá que demostrar previamente que tiene una hija casadera por cada asistente soltero al ágape: si no tiene tanta hija, que adopte las que se necesiten eligiéndolas en las casas vecinas).

El culto a la risa tiene que empezar por la glorificación del primer pontífice de la risa. No es bastante un banquete, no basta tampoco con instituir en todo el mundo la fiesta de Chaplin (el día de Chaplin, en el que todos los hombres, mujeres y niños de la tierra se dedican obligatoriamente a hacer chaplinadas), los tres minutos de Chaplin, la fundación de Liceos, Academias, Instituciones de cultura «Chaplin», etc... La lectura en las plazas públicas, en forma de culto laico, del libro «Meditaciones sobre Chaplin» que prepara el ameno filósofo español Ortega Gasset (don José) tampoco colmaría nuestro deseo. Carlitos Chaplin está por encima de todo esto; es más serio y más trascendental que todo esto. Hay que hacer un concurso entre los niños, que son las personas más serias de la humanidad, para que digan cómo entienden ellos que debe hacerse la glorificación de su gran amigo, el artista innumerable, el «clown total»...

José MORA GUARNIDO.

RECUERDOS DEL PARQUE URBANO



VERANO DE 1923-1924

por BENITO.

REVISTA DE REVISTAS AMERICANAS

Damos a continuación el manifiesto publicado por el periódico quincenal de arte y crítica libre «Martín Fierro», que se publica en Buenos Aires, y viene siempre repleto de excelente material literario y artístico:

Frente a la impermeabilidad hipopotámica del «honorable público».

Frente a la funeraria solemnidad del historiador y del catedrático, que momifica cuanto toca.

Frente al recetario que inspira las elucubraciones de nuestros más «bellos» espíritus y a la afición al anacronismo y al mimetismo que demuestran.

Frente a la ridícula necesidad de fundamentar nuestro nacionalismo intelectual, hinchando valores falsos que al primer pinchazo se desinflan como chanchitos.

Frente a la incapacidad de contemplar la vida sin escalar las estanterías de las bibliotecas.

Y sobre todo, frente al pavoroso temor de equivocarse que paraliza el mismo ímpetu de la juventud, más anquilosada que cualquier burócrata jubilado:

«Martín Fierro» siente la necesidad imprescindible de definirse y de llamar a cuantos sean capaces de percibir que nos hallamos en presencia de una nueva sensibilidad y de una nueva comprensión, que, al ponernos de acuerdo con nosotros mismos, nos descubre panoramas insospechados y nuevos medios y formas de expresión.

«Martín Fierro» acepta las consecuencias y las responsabilidades de localizarse, porque sabe que de ello depende su salud. Instruido de sus antecedentes, de su anatomía, del meridiano en que camina: consulta el barómetro, el calendario, antes de salir a la calle a vivirla con sus nervios y con su mentalidad de hoy.

«Martín Fierro» sabe que «todo es nuevo bajo el sol» si todo se mira con unas pupilas actuales y se expresa con un acento contemporáneo.

«Martín Fierro» se encuentra, por eso, más a gusto, en un transtalántico moderno que en un palacio renacentista, y sostiene que un buen Hispano-Suiza es una obra de arte muchísimo más perfecta que una silla de manos de la época de Luis XV.

«Martín Fierro» ve una posibilidad arquitectónica en un baúl «Innovation», una lección de síntesis

en un «marconigrama», una organización mental en una «rotativa», sin que esto le impida poseer—como las mejores familias—un álbum de retratos, que hojea, de vez en cuando, para descubrirse al través de un antepasado... o reirse de su cuello y de su corbata.

«Martín Fierro» cree en la importancia del aporte intelectual de América, previo tijeretazo a todo cordón umbilical. Acentuar y generalizar, a las demás manifestaciones intelectuales, el movimiento de independencia iniciado, en el idioma, por Rubén Darío, no significa, empero, que habremos de renunciar, ni mucho menos, finjamos desconocer que todas las mañanas nos servimos de un dentífrico sueco, de unas toallas de Francia y de un jabón inglés.

«Martín Fierro» tiene fe en nuestra fonética, en nuestra visión, en nuestros modales, en nuestro oído, en nuestra capacidad digestiva y de asimilación.

«Martín Fierro» artista, se refriega los ojos a cada instante para arrancar las telarañas que tejen de continuo: el hábito y la costumbre. ¡Entre-gar a cada nuevo amor una nueva virginidad, y que los excesos de cada día sean distintos a los excesos de ayer y de mañana! ¡Esta es para él la verdadera santidad del creador!... ¡Hay pocos santos!

«Martín Fierro» crítico, sabe que una locomotora no es comparable a una manzana, y el hecho de que todo el mundo compare una locomotora a una manzana y algunos opten por la locomotora, otros por la manzana, rectifica para él la sospecha de que hay mucho más negros de lo que se cree. Negro el que exclama ¡colosal! y cree haberlo dicho todo. Negro el que necesita encandilarse con lo coruscante y no está satisfecho si no lo encandila lo coruscante. Negro el que tiene las manos achatadas como platillos de balanza y lo sopesa todo y todo lo juzga por el peso. ¡Hay tantos negros!...

«Martín Fierro» sólo aprecia a los negros y a los blancos que son realmente negros o blancos y no pretenden en lo más mínimo cambiar de color. ¿Simpatiza Vd. con «Martín Fierro»? ¡Colabore Vd. en «Martín Fierro»! ¡Suscríbese Vd. a «Martín Fierro»!

J U L I O V E R D I É

Este señor ha dejado de pertenecer a la administración de nuestra revista. Así lo damos a conocer a avisadores y suscriptores, haciendo constar que no reconoceremos de hoy en adelante como válido ningún recibo de pago por él firmado. Que conste, pues.



Cristales Punktal

ZEISS

EN VENTA:

PABLO FERRANDO

:: SUCURSAL N.º 1: ::
Avda. Gral. FLORES, 2396

:: CASA CENTRAL: ::
675 - Calle SARANDI - 675

:: TALLERES GRAFICOS ::
FLORENSA & ALTUNA

CALLE PAYSANDÚ, 760 - MONTEVIDEO

LA CRUZ DEL SUR

DIRECTOR:
ALBERTO LASPLACES

SECRETARIO DE REDACCIÓN:
MARIO ESTEBAN CRESPI

	SUSCRIPCIÓN	
Trimestre		\$ 1.00
Semestre		> 2.00
Año		> 4.00
Número suelto		> 0.20

APARECE LOS 15 Y 30 DE CADA MES

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE PAYSANDU, 760

CASA AMARILLA

MUEBLERIA Y TAPICERIA

En su nuevo y amplio local
presenta los últimos modelos

Dormitorios, Comedores, Salas, Escritorios,
Vestíbulos, Muebles para campo,
Estancias, Quintas.

■ ■

EMBALAJE Y CONDUCCION
Hasta la estación o punto de embarque
GRATIS

G. M. ÇABALLERO

SORIANO, 929

MONTEVIDEO

HOTEL Y RESTAURANT
«ITALO - BALEAR»

■ ■

¡¡CANELONI A
LA ROSSINI!!

■ ■

771-SORIANO-773

« LA PARRA »

ANEXO AL «ITALO - BALEAR»

ESPECIALIDAD EN PASTAS

BUENOS AIRES, 740

VINOS «LA BODEGUITA» * ESPECIAL PARA FAMILIAS

DIACARINO & MARIE

PEÑAROL

PEIDIDOS: TEL. URUG. 1132 PASO

EDUARDO FERNANDEZ ETCHENIQUE

REMATES, COMPRA - VENTAS, HIPOTECAS, Y ASUNTOS JUDICIALES

Teléfono: URUGUAYA, 2602 - Central

CALLE RIO NEGRO, 1518

OFICINA TAQUI - DACTILOGRAFICA (Anexa al estudio de los Dres. Suero y Lozama Muñoz)

CALLE ZABALA, 1384

Directores: J. M. MARTINEZ ETCHEBARNE y MARIO DUFORT Y ALVAREZ

PROFESIONALES

JUAN DAQUÓ
ESCRIBANO PÚBLICO

Tel. 3377 Central

ZABALA, 1425

CARLOS M. SARLABÓS
CIRUJANO DENTISTA

Tel. 560 Central

IBICUY, 1293

FRANCISCO A. SCHINCA
ABOGADO

Mudó su estudio a:
MALDONADO, 1292

LINCOLN MACHADO RIBAS
ABOGADO

Estudio: 18 de JULIO, 979

EL FUROR DE LOS PIBES KANDY-POP

El Chupete Mágico
CAMELO AMERICANO CON PALITO



¡¡¡ MUY INTERESANTE !!!
Exclusivamente se emplea
Azúcar Americana

0.02 cada uno

¡¡¡ LA MEJOR GARANTIA !!!
Fabricados por la casa
de los Besos

PARA CHUPAR TODO EL DIA

FORMA, ELABORACIÓN Y MÁQUINAS «PATENTADAS»

En Venta en todas las Confiterías y Almacenes

COLONIA 884
MONTEVIDEO

PARA NIÑOS Y NIÑAS de 2 a 80 años
¡¡¡ ALERTA-PIBES !!!

Ahora los ricos caramelos Besos se vende en
bolsitas de CINCO cents conteniendo 8 caramelos
MADRES ATENCIÓN !!!
vigilar las golosinas que comen vuestros hijos
ES UN DEBER
los caramelos Besos son fabricados con esmerada higiene, con maquina
patentada y sin contacto con las manos.

A BASE DE LECHE, CREMA, MANTEQUILLA Y AZUCAR AMERICANA



EN LAS MAS
IMPORTANTES CAPI-
TALES DEL MUNDO. EXIS-
TEN SVCRSALES DE NVE-
TRA CASA QUE, POR TAL
MOTIVO REALIZA LA MAS
COLOSAL EMPRESA DE DIVI-
SION INTELECTVAL DE
NVESTROS TIEMPOS

PALACIO
DEL
LIBRO

25 de Mayo 577